

el baron de Zumiungen y el de Sckendorff (20 de junio, 1719). El combate duró todo el dia, con alternativas y vicisitudes varias; peleóse de ambos lados bravamente, mas todavía por parte de los españoles, que al fin eran inferiores en número, y obligaron á los imperiales á abandonar el campo; la pérdida fué tambien mayor de parte de éstos, que no bajaria de cinco mil hombres, herido el conde de Merci, y muertos el general Rool y el príncipe de Holstein: murió de los nuestros el teniente general Caracholi y algunos brigadieres, y salió herido, entre otros oficiales de distincion, el teniente general caballero Lede, hermano del marqués generalísimo: mas aunque fué menor nuestra pérdida, la batalla de Francavilla no dejó de ser, como con mucha otras acontece, celebrada como triunfo por unos y otros combatientes, y pintada como favorable á una y otra nacion en las respectivas gacetas y papeles alemanes y españoles.

A todos admiraba el valor con que los españoles sostenian aquella guerra á tal distancia y sin medios de recibir socorros ni de reemplazar las bajas que sufrían; pues si bien los naturales del país, siempre desafectos á los austriacos, y mas irritados con ellos desde que vieron la tiranía con que trataban á los ha-

(4) Belando, Historia Civil, P. II. c. 46 y 47.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Lutzen, Historia de Alemania.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italia-

nos, lib. XII. c. 3.—Gaceta de Madrid de 25 de julio, 1719.—Carta del marqués de Lede al conde de Montemar, en el campo de Francavilla, Tomo de Varios, pág. 94.

bitadores de la villa de Lipari de que se apoderaron, los hostilizaban rudamente y asesinaban cuantos soldados alemanes podían⁽⁴⁾, en cambio el emperador embocaba en Sicilia, bajo la proteccion de la armada inglesa, cuantas fuerzas le eran menester para oprimir el ya poco numeroso ejército español, menguado además con los destacamentos y guarniciones de las plazas que tenían que conservar. Dejando ya los alemanes las cercanías de Francavilla, pasaron á poner sitio á Mesina, llegando el 20 de julio (1719) á la vista de la plaza despues de una penosa marcha por estrechos y escabrosos caminos. No se descuidó el marqués de Lede en acudir á su socorro, ni estuvo floja la guarnicion en la defensa. Pero faltos de municiones y víveres los que ocupaban los fuertes avanzados, fuéronse los alemanes apoderando de ellos, aunque no sin sangrientos combates, hasta rendir la ciudad, que se entregó al conde de Merci (8 de agosto), bajo el ofrecimiento, que cumplió, de conceder á los ciudadanos cuanto querían.

Continuó la guarnicion de la ciudadela, que mandaba el bizarro don Lucas Spínola, resistiéndose heroicamente; y entre el fuego de las baterías, y el estruendo y el humo de las minas que reventaban, parecia, valiéndonos de la frase de un escritor de aque-

(4) Fué esto de tal conformidad, dice un historiador de aquel tiempo, que los hombres mas rústicos y la gente del campo mas inesperta meneaban las armas con tanta destreza como el arado.

lla época, que habian formado los de Mesina otro Mongibelo, pues de dia y de noche imitaba á aquel encendido Ethna que no muy lejos tenian. Meses enteros duró aquella resistencia obstinada: intentó el marqués de Ledesma atacar á los sitiadores, pero hubo de suspenderlo con noticia de que estaba para desembarcar, como lo hizo (20 de octubre, 1719), otro refuerzo de cerca de diez mil austriacos. Con esto dispuso el conde de Merci dar un asalto general, que él dirigió personalmente, y aunque fué rechazado con no poco destrozo de sus tropas, comprendió Spínola que no era ya posible llevar mas adelante la defensa, y resolvió la rendicion (28 de octubre), con condiciones tan honrosas como era la de salir la guarnicion libremente con sus armas y equipajes, banderas desplegadas y tambor batiente, y de ser embarcada para reunirse con el cuerpo del ejército español. Al dia siguiente quedaron los alemanes dueños absolutos de Mesina y de su ciudadela.

Despues de descansar unos dias pasaron á Trápani con objeto de hacer levantar el bloqueo que le tenian puesto los españoles. Acampados estaban todavía fuera de la plaza cuando llegó el magistrado de Marsala á ofrecerles la obediencia en nombre de esta ciudad (30 de noviembre, 1719); primera poblacion de Sicilia que voluntariamente se sometió á los austriacos. A poco tiempo ejecutó lo mismo la ciudad de Mazara. Al compás del enemigo se movió tambien el

marqués de Ledesma con el ejército español, y puso su campo en Castelvetro, Siaca y otros lugares, donde se defendió el resto del invierno; y aunque no dejaron de menudear los combates parciales, pasóse sin notable acontecimiento lo que quedaba de aquel año y hasta apuntar la primavera del siguiente, en que el general español propuso mas de una vez suspension de armas, si bien quedaba siempre sin efecto por algunas condiciones inadmisibles que exigian los alemanes (1).

De todos lados venian nuevas de sucesos desfavorables. En tanto que por allá se perdía Mesina, en Inglaterra se habia estado preparando secretamente una expedicion, á la cual se daba el nombre de expedicion secreta, por el sigilo que se guardaba sobre su objeto y destino, aunque se suponía ser contra España. En efecto, á poco tiempo se vió aparecer sobre la bahía de Vigo una escuadra de ocho navíos de línea, con algunos brulotes y bombardas, unos cuarenta barcos de transporte, y cuatro mil hombres de desembarco (10 de octubre, 1719). La ciudad les fué entregada á los ingleses sin resistencia; la ciudadela á los pocos dias de ataque (24 de octubre): los ingleses quemaron allí los almacenes y pertrechos de las naves destinadas á la expedicion de Escocia, y que aquella borrasca de que hablamos obligó á volver á los puertos de Galicia.

(1) Belando, Pat. II. c. 49 al tomo II. 53.—San Felipe, Comentarios,

Alarmóse con esto y se puso en gran cuidado la corte, pero por fortuna no era el ánimo de los espedicionarios internarse; contentáronse con saquear los lugares abiertos de la marina, y se volvieron á embarcar, dando á conocer que habian llevado solamente el propósito de vengar la intentona de los españoles en Escocia.

Para que no faltára contrariedad que no esperimentase España en este tiempo, la república de Holanda que se habia estado manteniendo neutral, rehusando adherirse á la alianza de las tres grandes potencias, merced á las eficaces gestiones de nuestro embajador el marqués de Beretti Landi, y estímulo de las ventajas comerciales con España y sus colonias que su conducta le valia, dejó al fin vencer por las instancias y halagos con que acertaron á contentarla y reducirla las córtes de aquellas naciones; y como viese por otra parte los descalabrós, contratiempos y adversidades que España estaba esperimentando, abandonó su neutralidad, y suscribió al tratado de alianza de las otras potencias, que solo entonces llegó á poderse llamar con propiedad *de la Cuádruple Alianza*; quedando de este modo España, en las circunstancias mas críticas, completamente aislada y sola contra cuatro poderosas naciones de Europa.

(4) Contentó el gobierno inglés el tratado de la Barrera, estipulado á la Holanda haciendo que el emperador diera cumplimiento al en 1715 entre el Imperio y las Provincias-Unidas.

Tantos malos sucesos habian hecho ya pensar muy sériamente al monarca español en los compromisos tan graves y en los apuros tan terribles en que le habia puesto la política de Alberoni, y ya hacia algunas semanas que notaba el cardenal cierta mudanza en el rostro de Felipe y ciertas señales que le significaban el desagrado en que habia caido. La reina, en quien buscaba apoyo, se mostraba tambien cansada de sostener á quien habia colocado al rey en situaciones y empeños de que no podia salir airoso. Como medio para sostenerse, manifestaba al rey la parte que le convenia de los despachos que se recibian de los ministros en las Cortes estrangeras, para lo cual les previno que se los enviáran á él directamente, y no á los secretarios del despacho universal, como en todo Estado y en todo gobierno se practica; y era cosa bien anómala y estraña que los ministros y embajadores hubieran de entenderse oficialmente con quien no tenia carácter de primer ministro, ni otra representacion legal que la que le daba la privanza del monarca y su tácito consentimiento. Y como sospechase que el P. Daubenton, confesor del rey, era uno de los que le informaban del mal estado de la monarquía y de la necesidad de ponerle remedio, discurrió traer á España otro jesuita, muy conocido de la reina, el P. Castro, que se hallaba en Italia hacia muchos años, é introducirle en la gracia de Felipe y derribar de este modo y sacar de España á Daubenton.

Pero todos estos esfuerzos eran ya tardíos. Felipe deseaba la paz, y las potencias aliadas habían significado por medio de sus representantes, y de otros agentes que en las negociaciones intervinieron ⁽¹⁾, que no podría hacerse la paz tan deseada de todos, sin la condición de que fuera ántes alejado de los consejos del rey, y aun echado de España Alberoni, á cuyo influjo ó manejos atribuían el haberse encendido de nuevo la guerra, y cuyo talento y travesura temían todavía. Y como ya estaba bastante predispuesto el ánimo de Felipe, resolvió deshacerse del cardenal, de la manera como suelen dar estos golpes los reyes. La mañana del 5 de diciembre (1719) salió para el Pardo en compañía de la reina, habiendo dejado por la noche firmado un decreto, que encargó al secretario del despacho don Miguel Fernandez Durán, marqués de

(1) Era uno de estos el marqués Anibal Scotti, que había sido enviado á Madrid con este objeto por el duque de Parma, el cual lo hizo instigado y ganado por el lord Peterborough. El Scotti pasó á París, só pretexto de seguir de allí á Bruselas para conferenciar con nuestro embajador en Holanda. Pero detenido en aquella ciudad con achaque de los pasaportes, el duque de Orleans, á quien los soberanos aliados habían encomendado la ejecución del plan contra Alberoni, acordó con Scotti lo que había de informar á los reyes de España para llevar adelante la negociacion. El marqués volvió á Madrid, y habló privada y secretamente con los reyes, informándoles de los deseos y de las proposiciones de los soberanos de Austria, Francia é Inglaterra.

Algunos escritores de Memorias secretas añaden que esta conferencia la logró Scotti por mediación de una azafata de la reina llamada Laura Piscattori, que había sido su nodriza, y aun bautizada en la misma parroquia de Alberoni, la cual era enemiga del cardenal, y solía leer á la reina las copias satíricas y mordaces que se escribían ya contra el privado.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Historia Civil, Part. IV. c. 37.—Correspondencia de Stanhope con Dubois: Papeles de Hardwick.—San Simon, Memorias.—Duclos, Memorias secretas de los reinados de Luis XIV. y Luis XV.

Tolosa, notificára á Alberoni, escrito de su puño y letra, que decía:

«DECRETO.—Estando continuamente inclinado á »procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los »tratados honrosos y convenientes que puedan ser »duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos »los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una obra de la cual depende tanto el bien »público, como asimismo por otras justas razones, he »juzgado apropósito el alejar al cardenal Alberoni de »los negocios de que tenía el manejo, y al mismo »tiempo darle, como lo hago, mi real orden para que »se retire de Madrid en el término de ocho dias, y »del reino en el de tres semanas, con prohibicion de »que no se emplee mas en cosa alguna del gobierno, »ni de comparecer en la córte, ni en otro lugar donde »yo, la reina, ó cualquier príncipe de mi real casa se »pudiese hallar.»

Golpe fué éste que hirió como un rayo al purpurado personage. Pidió que se le permitiera ver una vez al rey ó á la reina, y le fué negado. Concediósele solamente escribir una carta, que no produjo efecto alguno. Ordenósele hacer entrega de todos los papeles que tenía, pero la hizo solo de los mas inútiles é insustanciales, reservando los que podían convenirle para sus ulteriores fines, y los que encerraban secretos de Estado. En cumplimiento pues del real decreto

salió Alberoni de Madrid (12 de diciembre, 1719) con decorosa escolta de soldados, dirigiéndose á Génova por Aragon, Cataluña y Francia. En Lérída le alcanzó un oficial, que de órden del rey le pidió las llaves de sus cofres para buscar unos papeles que no se encontraban; él las entregó, é hizo pedazos delante del oficial una letra de cambio de veinte y cinco mil doblones que llevaba consigo. Hecho el escrutinio de los papeles, no se hallaron los mas esenciales que se andaban buscando. Los catalanes no olvidaban que durante su ministerio habia sido sometida Barcelona, y antes de llegar á Gerona fué acometido por una partida de miqueletes, que le mataron un criado y dos soldados; salvóse él, merced á la buena escolta que llevaba, y á un disfraz con que pudo entrar en Gerona á pié. Entró en Francia y cruzó el Languedoc y la Provenza con pasaporte del duque regente, y se embarcó en Antibes para Génova ⁽¹⁾.

La caída de Alberoni es otro de los innumerables ejemplos del término que suelen tener las privanzas con los príncipes. De ella se regocijaron unos, celebrando como uno de los dias mas felices aquel en que le vieron salir de España: lamentáronla otros muchos, pregonando que con él habian perdido el monarca y la monarquía uno de los mejores ministros que se habian conocido. «Y no se le puede negar la gloria, di-

(1) Historia del cardenal Alberoni.—Duclos, Memorias secretas. —San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, P. IV. cap. 37.

ce un escritor, que en verdad no era apasionado suyo, de que los tres enemigos irreconciliables de España, el emperador, el duque de Orleans y la Inglaterra se conjuraron para sacar de España á este hombre.» Diversos y muy encontrados juicios se han formado sobre este célebre personage; nosotros emitiremos tambien el nuestro cuando juzguemos á los hombres importantes de este reinado. Por ahora anticiparemos solamente que un contemporáneo suyo, y de los que le trataron con mas severidad, no pudo menos de decir de él estas palabras:

«Arrancada de las manos del pontífice la apetecida púrpura, soltó las riendas á sus ideas, encaminadas todas á adquirirse gloria; *bien es verdad que no ganó poca* en su tiempo la nacion española, ni poco crédito las armas del rey ⁽¹⁾.» Y otro de sus mayores adversarios y que no le ha tratado con indulgencia, escribió tambien:

«La España caminaba á su ruina, porque, aunque la tiranizó Alberoni, al fin la puso en parage de dar la ley á la Europa ⁽²⁾.»

(1) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II. pág. 200.

(2) Macanáz, Memorias para la historia del gobierno de España, MS. tom. I. pág. 160.

Siguiendo el sistema que nos hemos propuesto respecto á los personajes extranjeros que han ejercido grande influjo en el gobierno y en los destinos de España, y despues han salido del reino